

DEPENDENCIA, OLIGARQUIA, CACIQUISMO Y

ELECCIONES EN COLOMBIA

“La verdad es tan buena, que compensa los defectos del escritor que le sirve”.

COLOMBIA NO ES UNA NACION LIBRE Y SOBERANA

HERNAN SEPULVEDA PINO
Profesor de la Universidad Central

Casi tres siglos empleó nuestro país para desarraigar de su suelo el gobierno absolutista de la Corona Española y dejar así de ser patrimonio de una persona, familia o potencia extranjera. Y fueron menester sesenta y siete años de luchas políticas y guerras civiles para que en la Constitución de 1886 se escribiera que “la soberanía reside esencialmente en la nación, de la cual emanan todos sus poderes”. Y, con todo ésto, el proceso de formación de Colombia como país independiente, soberano y libre aún no ha concluído.

La Constitución de 1886 hizo retroceder una vez más al pueblo colombiano en el camino de sus reivindicaciones contra el viejo régimen feudal que dejó el coloniaje español en nuestro territorio. Así lo demuestra el cariz doctrinario de aquella Constitución condensado en la pueril y teocrática fórmula “En nombre de Dios fuente suprema de toda autoridad”, lo que equivalía nada menos que a reconocer, no a la monarquía absolutista española de “derecho divino”, cuyo ejército había sido derrotado en los campos de batalla después de una larga y sangrienta guerra nacional liberadora del pueblo neogranadino, sino a la Iglesia Católica Romana (principal baluarte del viejo régimen feudal y la más poderosa fuerza social de nuestra historia), como algo consubstancial con la nación, desconociendo al pueblo como “fuente suprema de toda autoridad” y como detentador de la soberanía nacional, tal como corresponde a un régimen que se diga democrático.

Podemos afirmar que la cuestión de la soberanía y la independencia nacional ha dejado de ser una cuestión fundamental una vez que se alcanza la independencia nacional en 1819 y que el problema del colonialismo y la dependencia ha quedado ya resuelto en nuestra patria como en muchos países de América, Asia y Africa. De ninguna manera: la nación y el pueblo colombiano no son más libres que antes de la independencia. En frente de aquellas declaraciones formales consignadas en la Constitución (“la nación es libre y soberana y a ella pertenece exclusivamente el derecho de instaurar sus leyes”), levanta un mentís

el triste hecho de su nueva independencia con relación a los Estados Unidos. Colombia es una nación explotada y sometida, es un país dependiente y atrasado, es decir, que no es verdad que la soberanía resida en la nación, que no es verdad que el régimen político de ésta sea la república, la nación, como suele llamarse al gobierno del país, por el país; y que no es verdad que esté gobernada democráticamente (no obstante existir un flamante parlamento) según suele llamarse también al "gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo".

¿Cuál es, pues, la situación real y el verdadero régimen constitucional de nuestro país? En Estados Unidos y Francia, por ejemplo, a la antigua soberanía de los reyes substituyó, según los tratadistas burgueses, la soberanía del pueblo. En Colombia ¿qué fue lo que substituyó al Rey de España? Democracia, partidos, administración, tribunales, concejos, asambleas, etc., han sido puro papel pintado con trazos de sistema parlamentario. A un "Estado de Derecho" se opone en Colombia una dictadura de hecho que hace todo derecho del pueblo (la auténtica democracia) ilusorio: resultando que tenemos todas las apariencias y ninguna de las realidades de una nación constituida según la "ley y el orden jurídico", como suelen predicar los juristas burgueses. No nos gobierna ya el Rey de España, no se gobierna así propia la nación; o de otro modo, la forma de gobierno no es la república constitucional (el gobierno del país por el país), el "Estado de Derecho" o el régimen jurídico como dicen los tratadistas burgueses.

¿Cuál es pues, dejándonos de ficciones jurídicas, la forma de gobierno en Colombia?

Por los hechos sabemos que esa forma de gobierno, sea la que fuere, llámese como se llame, no es la que conviene más a Colombia y a su pueblo, y que hay necesidad de cambiarla por una forma de gobierno que defienda los intereses del país y de sus amplias masas populares; de lo contrario, continuará ahondándose más y más la nueva dependencia colonial; el poder político y el gobierno del Estado seguirán siendo detentados por los grandes capitalistas y terratenientes, la soberanía nacional pisoteada por el imperialismo y los derechos del pueblo conculcados.

LA REVOLUCION DE 1810 NO HIZO LIBRE Y SOBERANA A COLOMBIA

El hecho más importante de la historia política de Colombia es la absoluta ineficacia de la Revolución de Independencia; que hayan sido defraudadas las esperanzas y frustrados los ideales y objetivos por los que luchó el pueblo colombiano en 1810; que haya sobrevivido el régimen económico-social anterior, haciendo imposible la libertad, la soberanía, el progreso y la independencia nacional.

Llegó el 20 de julio de 1810; retumbó el tan sonado "grito de independencia"; por todas partes surgieron juntas revolucionarias, vibraron himnos patrióticos, proclamóse la independencia nacional y, en medio

del mayor entusiasmo, se promulgó en el congreso de Cúcuta de 1821 una constitución que vino a ser como si no se hubiese promulgado nada, puesto que las masas del pueblo quedaron en igual o peor situación que antes. Se habló de los tributos, impuestos, estancos, monopolios, y exacciones coloniales, de la abolición de la esclavitud, de los resguardos indígenas, del diezmo eclesiástico, de la redención de los censos, de la abolición del mayorazgo, de los bienes de manos muertas del clero, de la legislación española, etc. El trono del Rey de España fue derribado, pero el verdadero obstáculo tradicional, el trono de los caciques, de los terratenientes y los grandes comerciantes, del clero y la burocracia estatal de los caudillos políticos y militares, quedó en pie. Y todo aquel aparato teatral (Congreso de Angostura, Constitución de Cúcuta, abolición de la esclavitud, de los mayorazgos, de los monopolios, estancos e impuestos coloniales, creación de la Gran Colombia, etc.), no pasó de la simple oratoria parlamentaria: La calificamos de revolución política (paso del poder político del Estado de manos de la Corona y sus funcionarios españoles a los grupos influyentes criollos) y no fue más que un simulacro de revolución social.

Todo aquel estado de servidumbre y privilegios, trasunto fiel de una nación atrasada, feudal, subsiste casi íntegro 157 años después de haberse alcanzado la independencia, salvo haberse agravado con la hipocresía de la soberanía y la independencia nacional y de la democracia y el sufragio universal, escarnio e inri de la Colombia actual sojuzgada, explotada, atrasada y dependiente. Lo mismo que ayer, el pueblo sigue viviendo sin derechos, sin leyes, sin garantías, sin libertad, sujeto al mismo degradante yugo de ese feudalismo inorgánico que mantiene a Colombia resquebrajada geográfica, económica y culturalmente, y separada de los países adelantados por la distancia de todo un período histórico. Se decretó toda una flamante constitución centralista y unitaria que en la letra satisfacía la más exigente descentralización burocrática administrativa, pero enfrente de ella, las reformas constitucionales han ido formando una jurisprudencia que pone a los antiguos estados y cantones federales, es decir, los departamentos y municipios, a los pies del Presidente, de los gobernadores y de los alcaldes y jefes políticos, para que éstos los entreguen atados de pies y manos a los caciques, gamonales y grupos influyentes locales (dueños de tierras, comerciantes ricos, curas, doctores, funcionarios y políticos venales y corrompidos) para sus propios fines personales, y todo esto a cambio de los votos necesarios para fabricar las mayorías parlamentarias con que los grandes políticos se amparan para dominar al país.

Y esto es lo que ha sucedido con el sistema electoral colombiano: las elecciones no sirven para otra cosa distinta a la querida por el cacique, gamonal o jefe político; el ciudadano colombiano vive a merced del político, cacique o gamonal; pendiente de la arbitrariedad de los funcionarios y policías instaurada por una minoría corrompida y corruptora, por una minoría hegemónica, peor que en los tiempos del coloniaje absolutista. Y mientras que en otros países este estado de cosas ha desaparecido, en Colombia forma un vasto sistema de gobierno orga-

nizado, a manera de una coalición, por regiones, provincias, departamentos y municipios, con sus turnos y jerarquías, sin que los llamados cabildos o ayuntamientos, diputaciones provinciales o departamentales, alcaldías, gobernaciones, tribunales, juzgados, ministerios, etc., sean más que una sombra y proyección del gobierno oligárquico que nos rige y de cuyas fechorías, peculados, exacciones, sobornos, desfalcos y arbitrariedades no responde nadie. Es como la existencia de dos Estados, legal, el uno, y consuetudinario o de hecho, el otro; maquinaria perfecta, el primero, regentada por leyes que no funcionan; anarquía, el segundo, en que libertad y justicia son privilegio de unos cuantos, donde el ciudadano que no claudique, se burocratice o corrompa, sucumbe.

Han sido el sectarismo y la demagogia la bandera de los políticos electoreros en Colombia. Ni cultura, ni escuela, ni progreso económico y social al pueblo, ni soberanía e independencia para la nación: en nada de eso se ha pensado; no ha movido a los colombianos otra cosa que el sectarismo y la demagogia de los políticos. Varias generaciones de colombianos se pasaron la vida gritando: "Viva el partido liberal! Viva el partido conservador", tarareando el Himno Nacional, presentando honores a la Bandera y al Escudo patrios, protestando en las calles cuando los dejaban, peleando en los campos de batalla cuando los reprimían. Y a este grito se sacrificó sangre y vida en guerras civiles y alzamientos armados. Luego de derribar varias dictaduras, como la del General Rojas Pinilla, y después de vestir con traje de ley, de derecho, de constitución, de sufragio y de Parlamento, el pueblo colombiano se dió por satisfecho y el grito aquel fue mandado a recoger después de haber quedado sin contenido y sin objeto alguno el fundarse el Frente Nacional por los mismos caudillos de antaño.

EN COLOMBIA NO HAY PARLAMENTO, NI DEMOCRACIA, NI PARTIDOS POLITICOS, NI REPUBLICA PARLAMENTARIA: SINO UN ABSOLUTISMO OLIGARQUICO, UN CACIQUISMO ENVILECEDOR Y UNA DEPENDENCIA HUMILLANTE.

Con un estado social, como el que hemos vivido, es imposible que en Colombia haya habido verdaderos, auténticos partidos políticos, según lo que en Europa se entiende por partidos y el concepto que de ellos tiene la ciencia política. Imposible entonces que se aclimatara entre nosotros el llamado régimen parlamentario y el "gobierno del pueblo por el pueblo", no habiendo existido jamás nada de ello y habiendo sido substituído por oligarquías de personajes sin ninguna raíz en la opinión pública ni más fuerza que la puramente material que le suministraban la posesión del dinero y el poder del Estado. Las cosas seguían como antes. La libertad y la democracia eran de papel, pues la libertad y la democracia por un lado, y la oligarquía y el caciquismo por el otro, eran incompatibles. Y para que estos vivieran, aquellas tenían que morir. Y eso que llamamos partidos no eran sino facciones, banderías o parcialidades de carácter marcadamente familiar, caricatura de partidos dominados por jefes políticos natos, formados a imagen y semejanza de aquellos otros que se constituían en la Edad Media sin otro objetivo que la conquista del mando y

el repartimiento burocrático del botín estatal, y en los cuales la forma como insignia para distinguirse uno de otro, como pretexto para justificar la pluralidad y la paridad política y su monopolio del Estado. Ahora, durante el régimen del Frente Nacional, el pretexto ha desaparecido y han quedado reducidos a meras agrupaciones burocráticas inorgánicas, sin prestigio ante las grandes masas de la población, sin opinión pública sin programas, sin eso que les daba semblante de cosa progresista y moderna, reducidos al concepto personal y oligárquico, al caciquismo político, a ese caudillismo de nuevo tipo, cien veces más repugnante que el viejo caudillismo guerrero y sectario por virtud del cual se esconde bajo el ropaje de gobierno representativo una oligarquía rapaz e hipócrita, en donde la suerte del país y del pueblo no dependen del "gobierno del país por el país" y del "pueblo por el pueblo" como proclama el régimen democrático burgués, sino de la voluntad del Jefe de una parcialidad o fracción política, de una oligarquía de notables que escoge (para que el pueblo vote) a los que han de gobernar el país. Así las cosas, la oligarquía ha sido nuestra única constitución política, sin que haya existido otra organización política diferente a ella.

Efectivamente, con ser un poco simplistas y envejecida la clasificación y las definiciones de Aristóteles sobre las formas de gobierno, se adaptan perfectamente a nuestro estado político actual. Define ese gigante del pensamiento antiguo a la oligarquía como el gobierno ejercido por una minoría de notables, cuyo único fin no es otro que el interés personal de la minoría gobernante, oponiendo a la democracia la demagogia.

En conclusión: no es nuestra forma de gobierno la forma de gobierno que opera en ciertos países europeos, aunque un día lo hayan pretendido los liberales colombianos. Nuestro atraso con respecto al régimen democrático y a los partidos burgueses europeos no es menor que lo que nos llevan en ciencia y cultura, en agricultura e industria, en administración pública y régimen social. No es, pues, nuestra forma de gobierno un régimen presidencial y parlamentario viciado por corruptelas y abusos, como se acostumbra a decir, sino al contrario, un régimen oligárquico, servido —que no controlado— por instituciones aparentemente democráticas, como son el Senado, la Cámara de Representantes, las Asambleas y Concejos. O dicho en otros términos, no es el sistema parlamentario y representativo la regla, y la excepción de ella los vicios y las corruptelas denunciadas por la prensa y la oposición durante más de 70 años. Es al contrario: eso que llamamos degeneración y corruptelas constituyen el régimen, son la regla misma. Por eso intentar o desear cambiarlos con simples reformas burocráticas, llevando para ello "representantes populares" por, medio de elecciones, a los llamados cuerpos colegiados, no es más que desconocer la esencia del régimen político actual y dejarse engañar por la misma oligarquía que ha creado esas instituciones para su propio beneficio.

Lo anterior nos enseña, en primer lugar, que el problema de la independencia y la soberanía nacional, que el problema de la reforma económica, política, cultural-educacional y social en general, no es pro-

blema del régimen existente, falseado en la práctica, imposible de sanearse un poco con reformas igualmente falsas y demagógicas; sino que de hecho es un problema constitucional; un cambio de forma y de estructura económica y social. Se trata nada menos que de un cambio revolucionario de la estructura jurídico-estatal de 1886 y, más aún, de la revolución misma de todo el régimen económico-social como respuesta a todo este problema.

Y, en segundo lugar, nos enseña que mientras esa revolución no se haga, que mientras soportemos la actual forma de gobierno, será inútil que las leyes se cumplan en serio, buscando en ellas las garantías, defensa o bienestar para el pueblo, y, por tanto, que no podemos fiarnos del triunfo electoral de unos cuantos representantes del "pueblo" para que vayan a legislar a favor de él mientras exista el actual régimen político, oligárquico por esencia y origen.

En Colombia no son hombres libres, no gozan de plena capacidad jurídica más que los políticos, representantes a cuerpos colegiados, doctores, dueños de diarios de gran circulación, los capitalistas y los terratenientes y gentes adineradas que pueden torcer la justicia y las leyes y ponerlas de su lado. Escasamente un grupo muy reducido de la población. Los demás, gobernados o liberales, son personas jurídicamente incompletas, menores de edad, incapaces, como sucede con los campesinos, obreros, indios, negros y mujeres, viviendo a merced de ese reducido grupo y de sus hechuras.

Aquí tenéis eso que penosamente llamamos la "Colombia democrática, la "República de Colombia". A esa caricatura de nación la hemos estado llamando durante años la "Patria colombiana". A un lado, el país político, ese puñado de privilegiados que acaparan todos los derechos y todas las riquezas, que gobiernan en vista únicamente de su interés personal, confabulados con el imperialismo para la dominación y explotación del país y de sus masas populares; y al otro lado del "país político", el "país real", y los 25 millones de avasallados que viven aún en plena Edad Media (y hasta en la Edad de Piedra, como los indios del Amazonas, del Orinoco, del Vaupés, etc.), para quienes no ha brillado aún la libertad y la democracia, ni proclamado aún la independencia y la igualdad ciudadana. Régimen éste de pura arbitrariedad en donde no queda lugar para la justicia y el derecho social; dependencia y coloniaje, si se le mira desde el punto de vista de la nación; caciquismo y oligarquía, si se le mira desde el punto de vista de las clases gobernantes; opresión; servidumbre, ignorancia, atraso y pobreza, si se le mira desde el punto de vista de las amplias masas populares.

ELEMENTOS COMPONENTES DE NUESTRO REGIMEN POLITICO

Determinemos ahora los factores que integran esta forma de gobierno y la posición que cada uno ocupa con respecto a los demás. Estos componentes son tres:

1. Los Oligarcas; los llamamos pro hombres, los jefes natos de cada bando político, las personalidades políticas del país.

2. Los Caciques y Gamonales de primero, segundo y tercer grado diseminados por el territorio nacional, y

3. Los Burócratas, Militares, Policías, Funcionarios, Curas, Ideólogos, Plumíferos y lacayos diplomados que le sirven de órgano de comunicación con las masas y de instrumento.

A esto se reduce fundamentalmente el artificioso aparato gubernamental y administrativo (el Estado), bajo cuyo peso gimen la nación y el pueblo colombiano.

Oligarcas y Caciques constituyen lo que solemos llamar clase dirigente o gobernante, distribuidos o encajados en los llamados partidos tradicionales, constituyendo algo así como un cuerpo extraño a la nación, como una facción de extranjeros apoderados por la fuerza del gobierno para imponer tributos y saquear la riqueza y el trabajo nacional. No hablaba Camilo Torres de una "clase popular" avasallada por una clase gobernante integrada por unas cuantas familias? No hablaba de una nación que en vez de ser independiente, democrática y libre se halla por debajo de la oligarquía y del imperialismo? Así las cosas, las llamadas clases dirigentes o gobernantes son una oligarquía pura, una facción extranjerizante que ha hecho de nuestro país campo de batalla y de explotación, abierto no más que a sus propios intereses y a su vanagloria: "Los engreídos cubileteros de la libertad condicionada y de la democracia de papel", como dijera el poeta Jorge Zalamea. Es así como en los conflictos internos y en la defensa del honor patrio y la soberanía nacional, mientras que el pueblo ha cumplido sus deberes, haciendo incluso sacrificios más de lo que en realidad podía hacer, las clases dominantes han desertado de la lucha y entregado a Colombia al extranjero.

Mientras quede en pie esta forma de gobierno no habrá tal democracia, ni tal soberanía, ni tal nación moderna. Mientras exista el Caciquismo, la Oligarquía, la palabra Elecciones será una palabra vana; y no seremos, ni con parlamento, asambleas y concejos, una nación independiente, democrática y libre, culturalmente avanzada. No seremos más que una nación semifeudal y una neocolonia. Para que el pueblo sea libre y soberano es preciso entonces que desaparezca la oligarquía y el caciquismo imperantes en nuestro país.

CONCLUSION: NUEVA DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

Para terminar, resulta como conclusión de todo este análisis, que los llamados partidos políticos tradicionales y las oligarquías políticas de turno gobernantes, han fracasado totalmente, pues no lograron hacer libre e independiente a la nación y al pueblo colombiano; así, tanto el partido conservador como el liberal han hecho bancarrota, pasando a ser categorías históricas de museo de ninguna actualidad, imponiéndose con

toda urgencia la necesidad de sustituirlos por partido de nuevo tipo, con verdadero respaldo de masas y con elementos reclutados en las entrañas mismas de las masas populares y en quienes aliente un verdadero espíritu patriota y sean los voceros de una nueva democracia que acometan con decisión la obra urgente de extirpar de nuestro suelo la oligarquía y el imperialismo, para que pueda crearse un régimen verdaderamente democrático: Un gobierno del pueblo y para el pueblo; una verdadera República: Un gobierno del país por el país. Todo esto como premisa necesaria para la construcción de una sociedad sin división ni explotación de clases y el nacimiento de una nueva Colombia, la Colombia socialista, la Colombia del Futuro.

